Nuevas Amistades:

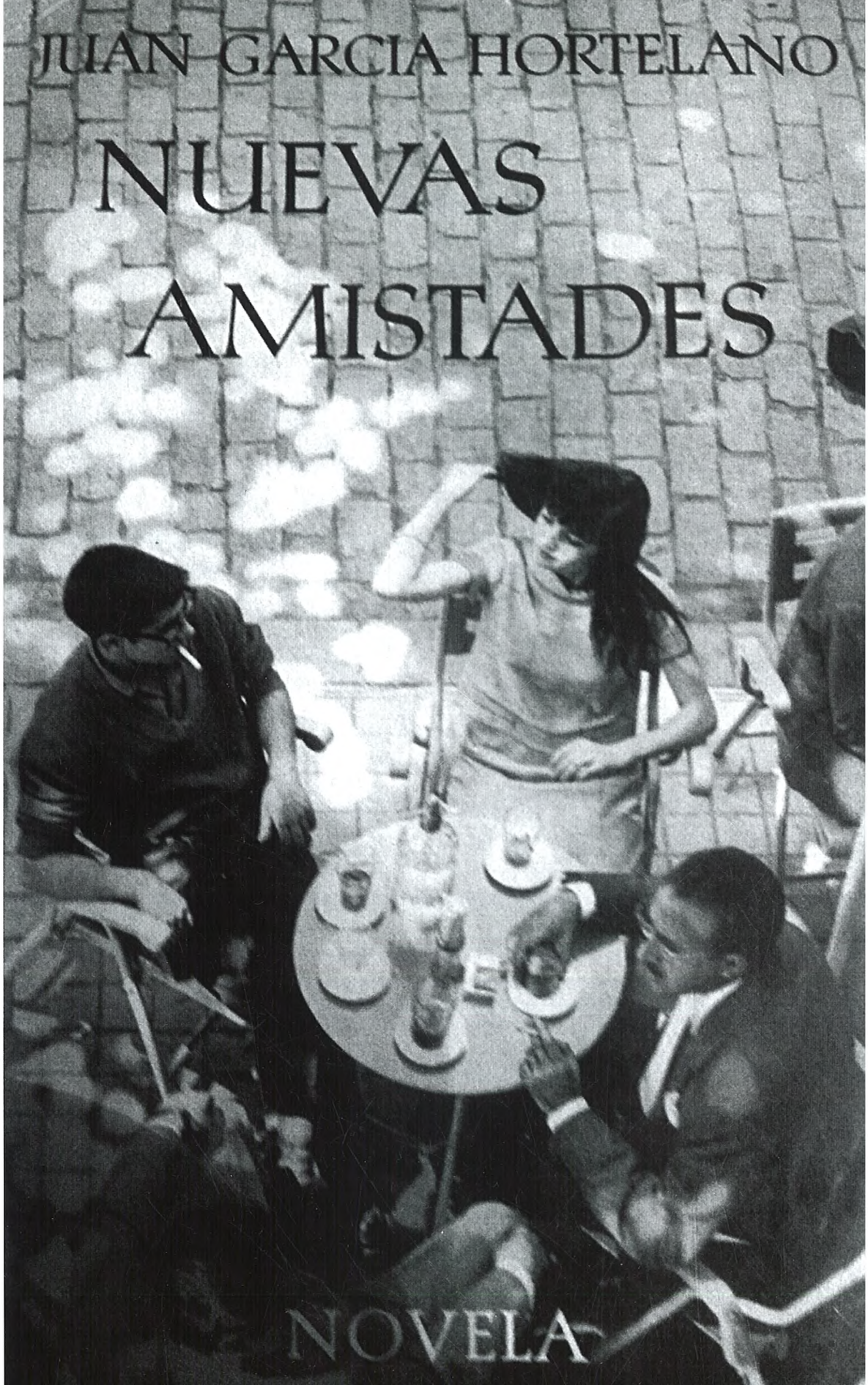
CRITICA DE UNA NUEVA CLASE SOCIAL

José María Pozuelo Yvancos

Nuevas amistades, primera novela de Juan García Hortelano obtuvo en 1959 el que vendría a ser, junto al Nadal, el más prestigioso de los galardones de novela, el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral, que había obtenido primeramente Luis Goytisolo con *Las afueras* (1958) y que inmediatamente después recaería en *Dos días de setiembre* (1961) de José Manuel Caballero Bonald y, al año siguiente, *La ciudad y los perros* (1962) de Mario Vargas Llosa. Este Premio, auspiciado desde la editorial por Carlos Barral y Víctor Seix y su editor literario Juan Petit, contó en el Jurado de esas ediciones primeras

JUAN GARCIA HORTELANO

NUEVAS AMISTADES



NOVELA

con prestigiosos críticos como José María Valverde y José Maria Castellet. Hasta su interrupción en 1971, fue ganado por algunos de los que pueden considerarse la plana mayor de la narrativa en español de aquellos años, entre ellos Guillermo Cabrera Infante, Juan Benet, Juan Marsé y Carlos Fuentes.

En *Nuevas amistades* se cruzan dos de las líneas que habrían de definir la joven narrativa española del momento: por un lado el objetivismo, una técnica literaria que provocaba un distanciamiento del narrador respecto a los hechos contados, y que había tenido una de las manifestaciones más altas en *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, premio Nadal de 1955. Por otro lado, junto al objetivismo, se desarrolló la novela concebida como crítica social que en *Nuevas amistades* tiene la particularidad de alejarse de las novelas del realismo propensas a representar la dura vida del campo o la vida del inmigrante rural en el extrarradio de las grandes ciudades. Juan García Hortelano elige en cambio una clase social, como la de los universitarios hijos de la naciente burguesía en el franquismo, que poblaban los tres barrios madrileños que principalmente aparecen representados en la novela: los de Salamanca, Argüelles y la colonia El Viso.

Como veremos luego, el desarrollo de la trama permite que aparezca el contraste con una deprimido barrio de chabolas, al que se desplaza Gregorio en busca de Juan, un antiguo compañero de estudios de la pandilla configurada ahora por personajes como Leopoldo, Pedro, Neca, Jacinto, Jovita, Julia e Isabel. Todos ellos forman un grupo compacto y bastante cerrado, al cual precisamente Gregorio, que acaba de llegar desde Gijón a Madrid, se incorpora como una nueva amistad adquirida por el grupo y que por tener sus mismas condiciones económicas, es admitido a formar parte de él. Hay un momento avanzada la novela en que el padre de uno de los miembros del grupo, dueño de un chalet en El Viso, en cuya piscina han ido a bañarse, al conocer a Gregorio, le dice conocer a su padre. Este fenómeno del reconocimiento, de formar parte de una misma clase social es fundamental en la novela, que escudriña un microcosmos formado por hijos de padres adinerados, en el que unos están obteniendo ya rendimiento, al ser diplomáticos o regentar una oficina inmobiliaria, pero otros, como el caso del grupo principal constituido por los nombrados, son todavía estudiantes y en caso de alguno de ellos, como Leopoldo, eternos repetidores de la carrera de Derecho, haciendo tiempo, entretanto consumen su juventud, hasta que llegue la edad en que se casen, sienten la cabeza y tomen la responsabilidad de la empresa del padre.

A todos estos contenidos va llegando el lector desde fuera. El rasgo de estilística narrativa predominante favorece que los sucesos vayan siendo

presentados como si se estuviesen desarrollando a nuestros ojos, al haber casi desaparecido el narrador quien ha cedido su visión a los diálogos de los personajes. El lector asiste desde el comienzo a tediosas escenas de diálogo que van teniendo distintos personajes que no le han sido presentados, y cuya genealogía, características y mundo de relaciones, se va entretejiendo conforme se desarrollan los hechos. Esta carencia de asidero narrativo omnisciente permite a García Hortelano explotar una de las vetas del realismo, el objetivismo, como si las cosas contadas no le pertenecieran al narrador, sino a las criaturas, que permanecen ajenas de él; están alienadas como si se tratase de un mundo autónomo del que el narrador ha decidido no formar parte.

Este rasgo se desarrolla paralelo a otro: el tedio. Es muy visible que los personajes no dejan de tener otro horizonte que interminables tardes de tertulia o noches de farra en cafeterías o boîtes, en las que nada aparece sino el aburrimiento. En las primeras sesenta paginas, hasta que aparece el que será el motivo central de la novela, el embarazo de Julia, la novia de Pedro, no ocurre nada relevante, todo son chismes de si vas o vienes, si éste o aquélla te ha llamado, si te dijo cualquier cosa o le oíste hablar a alguien de este u otro asunto, o le dejaste un recado de que te fuera a buscar a tal sitio. El pormenor con el que es recorrido este mundo insustancial de pandilla sin nada que hacer salvo verse cada tarde en las cafeterías de costumbre para comentar lo que ha sabido de los otros miembros del grupo, tiende a producir en el lector el tedio que viven los protagonistas, como si rebotase desde ellos. La única que parece sufrir de manera más directa esta falta de horizonte es Isabel, el personaje con el que la novela ha comenzado, presentándola como perdida y borracha en un bar. Es algo mayor que los otros, comienzan todos a verla en peligro de solterona y guarda un rencor que el lector no sabe discernir, y que imagina nacido de alguna herida sentimental. La trama irá mostrando después, con la aparición de Juan, el estudiante pobre al que los demás tildan de resentido, que ha habido algo que rompió la relación entre ambos. Pero todo eso solamente lo sabremos bastante después. Por ahora es un personaje herido, desengañado, del que oímos lo siguiente:

"–Tu sí que eres incomprensible. Es cierto que he estado bebiendo en bares repugnantes. ¿Sabes por qué? Pero promete que no vas a decir al final que debo casarme. ¿Me lo prometes? De todas maneras ya sé que debo casarme y, para este invierno, verás como me espabilo.

– Acaba tu historia de una vez.

– Salgo de casa, paseo, entro aquí, allí y, en dos ocasiones, Leopoldo ha tenido que cargar conmigo. He descubierto que Madrid es muy grande. Hay algo

más que la Gran Vía, Serrano, Recoletos y la calle Goya. Compréndelo, no puedo quedarme quieta, a veces. Soy –bajó la voz– casi una solterona.

– ¡Maldita solterona! Gregorio, conoces a alguien que quiera casarse inmediatamente?

– ¡Yo ¡–Exclamó Jovita.

– No me vales, ha de ser un poco mas masculino que tú" (p. 46[1])

Sigue un diálogo que llena dos páginas continuando esta conversación. Isabel que por edad pero también por la crisis de soledad que está viviendo comienza a sentirse fuera del grupo, y que todos ven como alguien problemático por beber demasiado, ha mostrado en este diálogo el problema que la novela quiere representar: están todos quietos, entretenidos en un barrio, sin otro horizonte que las mismas calles y el mismo ambiente que los atrae y en cuya atmósfera siente el lector que se encuentran encarcelados, presos de una vida sin tensión alguna. Es muy significativo que durante el primer tercio de la novela ninguna conversación de las mantenidas trate sobre algo distinto a las menudencias que vive el grupo en sus ceremonias de emparejamientos, distancias o proximidades entre ellos.

–Estabas todo el año en Asturias, ¿no?

– Sí. Mi padre se ha traído ahora sus negocios a Madrid. Tú vives en Argüelles, ¿verdad?.

– En Marqués de Urquijo.

– Mi padre se ha comprado un piso en Rosales. Seremos vecinos.

– Ah. ¿sí? Es un barrio agradable. Excepto los años de la guerra, yo siempre he vivido allí.

Estuvieron unos minutos en silencio. Isabel volvió a mirar las inmóviles hojas de los árboles. El camarero acudió a una seña de Gregorio" (p.49)

Embarazoso silencio se produce entre los dos personajes, nada más que uno de ellos se ha referido de pasada a <<los años de la guerra>>. Nada comentan de ella, nada quieren decir, únicamente Gregorio sabe que el momento de llamar al camarero para quebrar ese silencio, elocuente y representativo del que a lo largo de toda la obra se da sobre los hechos sociales que rodean la vida de los protagonistas, que viven ajenos, en su burbuja particular. En esta novela la Historia significa precisamente porque no está, su signo es la elisión.

---

1 Citaré siempre en el texto el número de página por la edición *Nuevas amistades*. Barcelona, Seix Barral, 1991.

Otra referencia explícita a la guerra que se da un poco después promueve un comentario de Isabel reproducido por Leopoldo:

–Vivimos sobre falsedades. Una existencia como falsa.

– Y provisional– susurró Leopoldo– Isabel afirma que fue la guerra. Que desde la guerra todo parece provisional.

Pedro tamborileó los dedos sobre la carpeta de cuero rojo y agudizó la voz

–Nada. Vente a comer con nosotros y charlamos" (p.61)

La vida de todos como un paréntesis, como si la guerra hubiese roto una historia y convirtiese todo en provisional. Es grave circunstancia que queda en el aire, porque Pedro siega toda conversación posible, con el nervioso tamborileo de sus dedos sobre la carpeta y el cambio de asunto de conversación.

La conversación que Pedro quiere tener trata precisamente del asunto que va a imponer un giro a la novela. Pedro ha dejado embarazada a Julia y pide la ayuda de Leopoldo. Este involucra a Gregorio, precisamente porque al ser una nueva amistad, es el único que puede acudir a Juan, el antiguo compañero de estudios, quien vive peleado y apartado de todos en un suburbio ejerciendo de mecánico y al que deciden acudir para que les proporcione el médico que hiciese abortar a Julia.

Es entonces cuando en la novela emerge un nuevo asunto que será central: la existencia de otro mundo, de una clase social que vive en barrios desconocidos por ellos. Ha habido antes una referencia de pasada a aquella clase social, cuando conocemos que el asunto del aborto ya se le había presentado al grupo, precisamente en la persona de Leopoldo, quien había dejado embarazada a una chica trabajadora, Encarna. Cuando los amigos se preguntan a quién podrían acudir esta vez, para el caso de Julia, se origina el siguiente diálogo:

– Está bien– El tenedor se hundió en su boca y retornó vacío al plato. – ¿Quién entonces?

– No lo sé.

– Cuando lo de Encarna… Lo hizo una mujer. Difícil encontrarla. No te fiarías de ella y puede que haya muerto o que se negase. Lo de Encarna fue distinto.

– ¿Por qué?

– ¡Oh! Porque Julia no es un chica como Encarna. La pobre Encarna era casi una criada.

J.G.H. en el Coloquio sobre "Realidad y Realismo" (Madrid, octubre 1963) junto al profesor López Aranguren y la escritora Nathalie Sarraute (foto de Reportajes Alonso)

– No sabía eso
– Pues eso. (p. 84)

La que podría denominarse *cuestión social*, los mundos incomunicados de la clase pobre (representada únicamente hasta aquí por las criadas de las casas que nada opinan) y la de la burguesía pija, tiene aquí su primera aparición pero será una constante en el resto de la novela. El personaje puente entre los dos mundos es precisamente Juan, un viejo compañero de estudios a quien Leopoldo odia, y que luego sabremos había tenido una relación truncada con Isabel, quien no se ha repuesto de ella. Este Juan vive en un barrio de chabolas del extrarradio. Acudir a él es la única alternativa que les queda, una vez descartado el médico de la familia, Darío, hombre al que deciden no acudir por temor a que su pensamiento religioso le impidiese actuar a favor del aborto de Julia.

Sobre Juan quien habla siempre es quien más le odia, Leopoldo, quien dice de él:

– Y no era sólo el resentimiento social, lo que le hizo salir a patadas de nuestro grupo. Mal que bien con su mierda de poco dinero podía seguir nuestra vida. Nosotros somos tolerantes, ¿no?, y él ha tenido siempre una decidida tendencia a la gorronería. Es que no vale. ¡Que no vale! Un fracasado. Hay muchos así. Tipos que se dedican a la cultura, pero que rabian por vivir como

nosotros, por ir de un sitio a otro, por conocer mujeres y manejar billetes. Juan es uno de ellos. Mira, hace años él estudiaba tercer de bachillerato, y yo acababa de empezar, aún no éramos amigos tú y yo, se pasó una tarde entera ordenando su habitación, sus libros, sus papeles, para poder estudiar, dijo. Ya sabes, sus maniáticos arreglos. (p.88)

Gregorio, que es quien termina yendo por Juan, percibe que esta versión dada por Leopoldo esconde alguna otra cosa, al encontrar un personaje diferente, que les ayuda por interés y dinero, pero que parece tener una vida de inquietudes o conciencia que Gregorio únicamente atisba. La búsqueda de Juan en la chabolas, permite la única incursión que la novela hace en un Madrid desconocido para estos niñatos de la burguesía y donde aparece de pasada una figura que fue importante en la sociedad de la época, la del *cura obrero*, que procede de Arguelles donde tiene parroquia, y que bien puede representar indirectamente a personas históricas reales como fue la del jesuita padre Llanos, quien decidió abandonar

su feligresía tradicional de gente *bien* para ejercer en el Pozo del Tío Raimundo, barriada contigua a la de Vallecas.

La novela cambia a partir de este momento. La intervención de la médico proporcionada por Juan, que ha sido expulsada de la profesión por sus ideas, desencadena los sucesos que la novela va a narrar después. Julia enferma tras esa intervención, producida en el momento en que sus padres han ido de veraneo al Norte, y los amigos deciden cuidarla, pero para hacerlo han de vivir en la clandestinidad, la llevan al chalet de la sierra de unos de ellos. La novela va agudizando su tensión por la fiebre creciente de Julia y los intensos dolores.

Este desencadenante de la acción va a provocar que Gregorio, que era la nueva amistad que ha generado el titulo de la novela, al ser quien más se involucra en el caso, y alcanza por tal hecho su incorporación plena en el grupo, vaya mostrando un creciente egoísmo, que afecta a todos los participantes, preocupados por las consecuencias que en su vida podría tener su complicidad en el aborto, que era entonces grave delito. La novela recorre sin piedad las impías reacciones de unos y otros, sobre todo de Jacinto, Pedro y Gregorio, que se muestran decididos a cualquier cosa, sin excluir la de fingir un accidente en el que el cuerpo de Julia se hubiera quemado si es que su muerte se hubiera producido. En esas actitudes hay una representación explicita del egoísmo masculino, y su comentario por parte de la chicas, que alcanzan a decir que Pedro no se ha escaqueado en el caso de Julia de su responsabilidad de boda, pero que otra cosa hubiera ocurrido en el caso de Leopoldo, "porque no creo que haya mujer capaz de retener a Leopoldo" (p. 185).

Hay un atisbo no desarrollado en la novela, pero ciertamente apuntado, de diferente sensibilidad femenina y masculina ante los hechos que originan el conflicto. El mismo personaje de Isabel es quien soporta la conciencia más lúcida. Todo va colaborando para que al final, cuando deciden acudir al médico Darío, este les reproche directamente su gran irresponsabilidad. Es la de una clase educada en la huida de todo problema, y que cuando se encuentran con uno, no sabe reaccionar sino primariamente, en la búsqueda de salvar sus intereses y privilegio.

Juan García Hortelano eligió hacer novela social a su modo. El mundo de la burguesía madrileña que fue el representado ya en esta primera novela continuó nutriendo las siguientes, hasta edificar una de las obras más coherentes del panorama de la generación del 50.